



Un niño, larguirucho, de apenas diez años pero bastante alto para la edad, con las camisas curtidas de ese color consistente de las piernecillas de los niños pobres, está apoyado en el portón del

por
Joaquín Gutiérrez

fondo, cuando el patrón regresa de su paseo matinal. Al pasar por el lado de

cuota el sombrero y, sin volverle, el patrón ordena condescendiente al criado:

—Regrege esas acciunas... ¡con pan con queso!

El muchacazo hace saltar lágrimas a los ojos negros, redondos y muy vivos de Antonio. Él no es un niño dócil como los otros; además ya sabe leer bien y en los libros ha aprendido, entre otras cosas, que el mundo es grande y que los caminos no tienen dueño. Por eso, resistentemente tiene que obedecer porque conoce, pero todas las mañanitas, el propio vaso y la mano pesada del patrón; pero con una miseria arde Antonio entre libros a las ratas del fondo y busca hasta que da con un libro grandote, con tapas de cuero rojo, letras de oro y láminas en colores. Siempre lo ha seducido y ahora, con el libro envuelto en su poncho raído, sale al amparo de las sombras rumbo al ancho mundo.

Es cierto que los caminos no tienen dueño, pero en cambio la comida no se la repalan a nadie. Antonio pasa hambres hasta que menciona la manera de ganar los porros leyéndoles a los campesinos los cuentos maravillosos de "Las Mil y Una Noches". Ya no tiene que dormir más bajo la Cruz del Sur y el audaz, todo, que se renueva cada día, no perdona ni a las ni más lee y lleva la luz de la vela.

De esta historia verídica han pasado muchos, pero muchos años. Durante esos largos años Antonio ha hecho de todo: primero en el Norte Chico: boxeador profesional, carpintero, carillero, vendedor de verduras en la Feria de Chillán... Ha recorrido bien pueblos y ha vivido mil aventuras. Y poco a poco, con un tesón admirable, ha rostrado su sueño más profundo: escribir. Pero no escribir sobre domínos, sulfuros o shazendras; sino sobre Chile, sus pescadores y cazadores de oro, sus campesinos viejos como las piedras, sus mujeres abnegadas de oración de oro, derredido y sus niños que todavía sufren humillaciones.

Por fin la aurea del éxito se acerca, rápida y fuerte. Antes de cumplir los veinte años el público que presencia uno de sus dramas vees a Antonio en andas por la calle, en otra ocasión el aplauso fue tan vibrante que la obra tuvo que repetirse completa, terminando la función cerca de las dos de la mañana.

Cuando Antonio, joven, leal, antes de dejar trabajar, anda con los anarquistas, el amigo de todas las camisas populares: lo buscan las colegistas, una docena de chiquillas andan enamoradas de él y ayuda a organizar conjuntos teatrales en las ciudades.

De su pluma van saliendo novelas, dramas, cuentos, relatos, reseñas sobre

nuestro folklore, comedias y recuerdos. La vida con que escribe es cabida y tiene el color y el sabor de la sangre del pueblo. Uno solo de sus dramas "Chanchalito", lo colocó entre los más altos de nuestros creadores, y están allí, a un paso, junto a la epopeya de los buscadores de oro, "El árbol rojo", "Pedro Urdemales", "La canción roja", "Los cantares populares chilenos" y cincuenta o sesenta títulos más.

La fama, con él, ha hecho nunca espasmo la fortuna. Los papeles que llegan se van en una rapidez ensilbada. Hay que seguir trabajando siempre, aún cuando los hombres cada invierno son menos ruborosos.

Por fin llega la vejez y con ella las enfermedades. La vida, que sólo por cortos momentos lo regalaba, vuelve a galoparlo con fuerza. Poco a poco se poblaron de cambios en imaginación suya tan luminosa y tan fecunda. El cuerpo flaquea, el viajero incansable, el creador inagotable y profético para ahora creía, no en un silbo. Muchos ratos rumia su soledad y si no fuera que aun tiene el corazón de acero es propietario de cruces en la cruzera. Y hasta le cuesta beber ahora el libro tan dulce de los recuerdos, que ya le llegan entrometidos. Lo avallan en tumbos y aun tanto los episodios diversos, y tantas las perspectivas de su vida, que si se pudieran escribir llenarían muchos tomos, como aquel con letras de oro y láminas en colores con que un niño campesino salió a rodar tierras.

Y como él se lo merece como el que más ha escrito miles de libros, aposentados para que hoy vayamos todos a su casa a darle un abrazo, pues en el día en que así Antonio Acosta Hernández, una de las glorias de nuestra literatura, cumple los sesenta y cuatro años de una vida muy noble y creadora, limpia y ejemplar.

cachureo

Dice el Titulista que voyen a su parte donde la señora Palma, de Conchalí, a comprar papas duritas.

¿Qué andaba haciendo el Roca Vergara, que estaba haciendo en Conchalí? Pues haciendo la vida cara con la señora Palma. Si.

Dijo también que en Australia, las papas no tienen de precio.

Ya lo sabe comadre. Ni compe en Holanda ni en Italia. Como papas en Conchalí o como papas en Australia.

Atrajo que hay que comprar cebollas para guarderías. Y que él se vino ya a comprar, cebollas de verde.

El lo dice como jugando pero una duda nos embolaba: las cebollas que se compran ¿serían en verdad cebollas?

PANCHITO HUILLAS

Antonio [artículo] Joaquín Gutiérrez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gutiérrez de los Rios, Joaquín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1960

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antonio [artículo] Joaquín Gutiérrez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile